

La ausencia de lord Wellington en la Cámara de los Lores cuando se presentó el bill de regencia, fue ocasionada por una grave indisposición del mismo carácter de la que afligió al noble duque hace poco tiempo. Pero la actual es menos grave que la última, y lord Wellington volverá á ocupar muy en breve su asiento en la Cámara alta.

Mr. Victor Considerant acaba de publicar un escrito, intitulado: *De la política general y de la parte que tiene Francia en la de Europa*. Es necesario dividir en dos partes la obra de Mr. Considerant: la una que contiene una multitud de ideas ingeniosas, de miras exactas y profundas, tanto sobre los hombres, cuanto sobre las cosas; la otra en que el autor se abandona ya demasiado tal vez á sus teorías, á sus esperanzas y al vuelo brillante de su imaginación.

De las tres grandes naciones activas de la Europa, la Rusia, la Inglaterra y la Francia, las dos primeras, segun Mr. Considerant, tienen una política constante, porque se dirigen á un fin determinado. La Rusia se encamina á la invasión general: marcha hácia el imperio del mundo por medio de las armas y de la conquista. La Inglaterra no quiere someter á los pueblos mas que á su comercio: lo que busca no son coronas, sino mercados donde vender sus manufacturas, ocupación para los brazos de sus jornaleros. La invención de una nueva máquina la pone diariamente en la precisión de multiplicar los tributarios de su comercio. El mundo está, por decirlo así, encerrado y como ahogado entre esta dos políticas hábiles, pero egoístas. Las naciones tienen una tendencia manifiesta á confundirse en la grande unidad de una civilización comun. Las preocupaciones de raza y religion se extinguen de dia en dia. Pero ¿quién realizará esta grande unidad de la especie humana? ¿quién será su centro? Si es la Rusia, los pueblos perderán su independencia, pues no se harán hermanos sino haciéndose vasallos. Si es la Inglaterra, ahogará por todas partes la industria, apagará la actividad humana, pues no necesita mas que consumidores.

Se conoce ya que el papel que Mr. Considerant quiere que represente la Francia es el de defender al mundo de las conquistas armadas de la Rusia y de las usurpaciones mercantiles de la Inglaterra; es el de reunir al rededor de sí, y bajo su protección poderosa y desinteresada, á todas las naciones que tienen algo que temer de la ambición belicosa de la primera ó de la ambición mercantil de la segunda. Uniéndose con la Inglaterra la Francia, segun Mr. Considerant, siempre hará un contrato imprudente; porque la Inglaterra no consentirá en dividir su comercio con nosotros, y darnos una parte de sus utilidades.

La alianza rusa ofrece aparentemente mas ventajas; la Rusia nos dejaria tal vez apoderarnos de la mitad del mundo, con la condición de tomar ella la otra mitad; pero el destino de la Francia es mas noble y elevado. Indignamente corresponderia á él si sacrificase á una prosperidad material, que no necesita, su grandeza moral; haria traición á los pueblos, de quienes es el apoyo natural, y que han adoptado con entusiasmo sus ideas: de civilizadora que es, se convertiria en bárbara; se despojaría de su verdadera fuerza, que es la de influir en las ideas; instrumento de la política rusa, sojuzgando pueblos cuyo destino consiste en defender la libertad, prepararia su propia servidumbre, y el precio de su cobardía y traición no le quitaria el caer tarde ó temprano bajo su yugo. Un pueblo llamado por vocación á evitar la injusticia, y que prefiere el participar de sus utilidades, es una nación perdida, pues la corrupción ha destruido el principio de su vida moral.

Mr. Considerant querria pues que la Francia se colocase á la cabeza de una confederación de todos los pueblos que no tienen semejanza de la Inglaterra y la Rusia, intereses exclusivos ni una política usurpadora y egoísta. Segun él, este es el único papel que nos conviene; pues uniéndonos con cualquiera de las dos naciones invasoras, somos de segundo orden; no compramos un ligero descanso sino protegiendo intereses contrarios á los nuestros, y una política que tiende á rebajar y á extinguir nuestro genio nacional; renunciamos á nuestra distinción de pueblo civilizador, á la gloria de ser, no los conquistadores, sino los árbitros del mundo, y el vínculo de la paz entre las grandes tribus que componen la familia humana; renunciamos á ello sin excusa; pues no nos arroja fuera de nuestro país, como á los rusos, el rigor y la esterilidad del clima; no necesitamos buscar un cielo mas benigno y una tierra mas rica. La providencia no nos ha condenado á ser conquistadores para valer algo, ni tampoco estamos reducidos, como la Inglaterra, á la necesidad de perecer, ó crearnos diariamente una riqueza facticia por medio de un comercio que no puede tolerar competencia ni rivalidad. Asi pues, la Francia es el solo centro á que las naciones pueden adherirse sin tener que temer por su independencia; es la sola base sobre que puede establecerse pacíficamente la grande unidad moral y política del mundo. A la Francia sola pertenece, formando bajo el cetro glorioso de su

influencia y protección desinteresada la gran confederación de las naciones, el realizar el sueño de los filósofos, la paz perpetua. Los debates de las naciones no se decidirán ya por la via bárbara de las armas, sino por la justicia. Los pueblos tendrán, como los particulares, sus tribunales. Un Congreso perpetuo juzgará estos grandes litigios que el cañon hasta ahora ha estado en posesión de juzgar exclusivamente; y aun Mr. Considerant ha determinado ya el sitio que ocupará este tribunal de la humanidad. ¡Constantinopla será la ciudad de los Congresos!

Hemos querido dar una idea de la obra de Mr. Considerant; la hemos analizado en pocas palabras, pero con toda la fidelidad posible. Ademas no es nuestro objeto el discutir todos los puntos en que podríamos no estar acordes con el autor.

Hay dos políticas, una que puede llamarse diaria, otra que ocurre á las necesidades del momento, y que no debe jamás sacrificar el interés actual y cierto á las esperanzas del porvenir, brillantes tal vez, pero demasiado inciertas. Solo Dios conoce el secreto del destino humano, y el último fallo de la historia. Los Gobiernos no son profetas, y se les podría tachar de un orgullo muy culpable, si sacrificasen los intereses existentes de que están encargados, los intereses que se agitan en sus manos, á supuestos intereses del porvenir y de la humanidad, de los que tal vez juzgarían mal. ¿Cuántos hay, por ejemplo (y aun podríamos comprender en ellos á Mr. Considerant), que han condenado con gran rigor la política adoptada por el Gobierno en los primeros años de la revolución de Julio, y hoy le alaban y bendicen por haber mantenido la paz? En general, la filosofía de la historia juzga y condena con mucho desprecio lo presente: cuando entra á tratar de lo pasado, lo aprueba, lo explica, y le halla razones admirables.

Pensamos con Mr. Considerant que la fuerza de la Francia está en su civilización; que sus ideas son sus mejores armas; no pretendemos de modo alguno que se someta á la política de la Inglaterra ó de la Rusia, y que renuncie á su papel propio, á su vocación providencial; no es menos verdad que la alianza de la Francia é Inglaterra ha sido el sello de la paz en la Europa; y ¿cuán temeraria será la primera que rompa este sello! ¿Cuales son ademas los pueblos que no tienen en algunos puntos intereses contrarios? Quiera Dios que un dia forme la humanidad una sola y gran familia. Entre tanto es necesario vivir.

Hay, deciamos, dos políticas, la de lo presente, la de los Gobiernos y la de los filósofos. Están muy sujetas á despreciarse la una á la otra; ambas son culpables en esto. La política de los filósofos, fundada sobre el derecho y la justicia, muchas veces tambien sobre sistemas cuyas bases son muy dudosas y contestables, es rara vez aplicable en su totalidad; mas no deja por eso de esparcir vivas luces sobre la política práctica.

La política de los filósofos es la que ha hecho entrar en el mundo una multitud de ideas que los hombres de negocios acogieron en un principio con risa, y que el tiempo ha cambiado en leyes, en usos imprescriptibles, en axiomas, por los que los Gobiernos mehos liberales están obligados á dirigir su conducta. No creo pues dénigrar el notable escrito de Mr. Considerant, diciendo que es mas bien la obra de un filósofo que la de un hombre de Estado; mas bien es una utopía que un escrito de circunstancias. Utopía no quiere decir lo que nunca será, sino lo que hoy no puede ser. Si, la confederación de las naciones, la paz perpetua no son aun mas que utopías; pero aunque no son mas que utopías es necesario convenir que los hombres graves y sensatos no pueden desechárlas con menosprecio como puros delirios de una imaginación acalorada.

En otro tiempo los utopitas (y todos los grandes talentos desde Platon hasta Montesquieu lo han sido un poco) colocaban su república en cualquier país imaginario: á fin de hallar la justicia, la inocencia, la felicidad se alejaban todo lo posible de la historia y la verdad. Actualmente ocurrimos á la misma historia á buscar las bases de nuestros sistemas y esperanzas. Para el establecimiento de la paz perpetua por ejemplo, Mr. Considerant saca sus pruebas de la transformación sucesiva del espíritu de los pueblos y gobiernos. Manifiesta cómo al espíritu guerrero ha sucedido el diplomático; á la espada cortante las negociaciones que resuelven á la fuerza el derecho público; á las batallas, los Congresos europeos. Dése un paso mas y se funda el gran tribunal de los pueblos. Este es el paso mas difícil. Mas de una vez los hombres han tocado al parecer al reinado de la paz y la justicia, y todo se ha desvanecido en algun cataclismo imprevisto. Y por lo tanto no debe reconocerse que los progresos de la razón, el vínculo del comercio, la semejanza de las leyes y costumbres hacen de dia en dia mas difícil la guerra, haciéndola mas perjudicial y odiosa. ¿No llegará el tiempo en efecto en que los asesinatos de pueblo